

EN EL QUE ADOPTO RESOLUCIONES QUE SOBREPASAN LOS LÍMITES DE UNA CORRECTA NEUTRALIDAD Y DE LO QUE DE ELLO RESULTÓ

CÓMO fui salvado? Lo supe al abrir los ojos en la misma habitacioncita de la bahía de Barra, de la que había salido, al despuntar el alba, metido en la escafandra del almirante, del que fui desembarazado gracias a los cuidados del sobrino de von Treischke.

Inquieto al no verme regresar, ni recibir ninguna noticia de mi compañero, el teniente, seguido de dos oficiales, habíase puesto en nuestra busca; pero, desgraciadamente para el simpático alférez, sólo dieron conmigo, debido a la más grande de las casualidades.

Nunca se logrará saber por qué misterio de la naturaleza me habla detenido en mi hundimiento en la arena, mientras que mi compañero continuaba su camino hacia las profundidades de las arenas movedizas... Fué imposible hallar el menor rastro.

Bastó, en cambio, al teniente y sus camaradas el excavar alrededor de un pie que sobresalta, para dar con la escafandra del almirante y con el que estaba dentro...

Sacado con la mayor rapidez a la superficie de la tierra, volví pronto en mí—pues me había desvanecido—gracias

a enérgicas fricciones, y una vez que estuve en plena posesión de mis sentidos declaré con tono perentorio que ninguna fuerza ni argumento alguno conseguirían que volviera a meterme en la escafandra del almirante, y que hartó tenía con los líos terrestres para mezclarme además con los de las profundidades marinas... Al hablar de la escafandra no expresaba todo mi pensamiento, y para que en lo sucesivo nadie pudiera escudarse en esto, lo completé añadiendo que no descendería al fondo del mar *ni con la escafandra ni con nada*... Basta también de submarinos, y si no había posibilidad de abordar al capitán Hyx—grité olvidando toda prudencia—más que en la cota seis metros ochenta y cinco o en su submarino el *Vengador*, renunciaba a la misión de la que me había encargado sin reflexionar en los peligros que encerraba...

Así me expresé, sin embargo, y con una especie de rabiosa volubilidad.

Y añadí aún:

—¡Ya encontrarán a otro en mi substitución; *eso es todo!*

¡Estaba hartó, hartó!

Mi rebelión contra la tiranía de von Treischke había estallado al finalizar un ligero refrigerio compuesto de dos huevos pasados por agua y de una taza de café muy cargado que, a petición mía, me había hecho servir su sobrino.

—¡Bien se ve—me dijo bastante friamente éste cuando hube terminado de hablar—, bien se ve que se ha repuesto usted completamente! ¡Le felicito, mi querido señor Herbert! Pero si quiere usted seguir mi consejo, reflexione un poco antes de presentarse ante el almirante y largarle un tal discurso. Se lo digo por su bien, créame usted. ¡En fin, haga usted lo que le parezca!

—¡Bien reflexionado está! Quiero ver inmediatamente al almirante... Tengo que comunicarle una cosa de la mayor importancia.

—Su deseo llega oportunamente—me contestó con mayor frialdad mi interlocutor—, pues precisamente acaba de

telefonarme ordenándome que le lleve a usted al castillo de la Coya...

—¡Vamos, vamos!

Mi compañero estaba asombrado de mí y yo también. Desde que me había quitado el *trajecito* de hierro sentíame con una agilidad increíble, no solamente física, sino moral.

La idea de que quizá aquella misma noche, o a más tardar a la mañana siguiente, podría hablar con el tono que se me antojara con aquellas gentes—a causa de la evasión de la *dama velada*, que no podía tardar—, contribuía en mucho a la audacia con que empezaba a levantar la voz; pero había también en mi nueva actitud una natural y justificada exasperación contra aquellas gentes, que no vacilaban en hacerme correr los más extravagantes e inexplicables peligros para alcanzar un fin que se *podía alcanzar por otros medios* y con la mayor sencillez... Y esto era precisamente lo que me ponía fuera de mí.

Y por si esto no bastara, había desde hacía ya tiempo en el fondo de mí ser el amargo pensamiento de que nuestras desgracias no eran quizá más que la conclusión lógica y fatal de la actitud que asumí con tan egoísta dignidad desde el comienzo de la guerra mundial; actitud neutral que me lanzaba sucesivamente de un campo a otro, a mí, que no había querido ser de ninguno de los dos, y que me había mezclado de tal manera a las disputas de unos y otros, que en muchas ocasiones no sabía ni con quién ni contra quién estaba...

¡Sí! ¡Sí! ¡Hay que saber escoger!, como decía el viejo Peter... interrogar su conciencia y su interés y decirse de una vez: «Estoy con éste y contra aquél», y cuando se haya dicho esto, ayudar al primero con todas sus fuerzas contra el segundo... En realidad, mi enemigo personal era el peor enemigo del género humano: el Verdugo de Flandes, y por razones sentimentales había yo contribuido a salvarle. ¿No hubiera salvado con mayor seguridad y de una manera definitiva a la que debía beneficiar mi lamentable diplo-

macia (jamada Amalia), empuñando un fusil y suprimiendo al tirano de Flandes, al horrible subjefo de la horda de los Hunos, a von Treischke, en una palabra?

Estos pensamientos, que debían tener las mayores consecuencias bien pronto, como luego se verá, daban vueltas en mi acalorado cerebro, mientras que el sobrino del almirante me conducía en su canoa al castillo de la Coya.

¡Heos de nuevo aquí, muros sombríos, torres feudales, enrejadas ventanas! ¡Ah! ¡Con razón sirves de guarida a la fiera! ¡Al horrible animal! ¿Qué me dirá? ¿Qué más exigirá de mí? ¡Que tenga cuidado!... ¡Sé de cierto cordero rabioso!... ¡Que tenga cuidado!...

Mi compañero me ha dejado y debe estar, ¡el muy soplón!, informando a von Treischke de mi nueva disposición de espíritu... Hace un cuarto de hora que estoy en el patio y corre un vientecillo seco que me hiela... ¿Querrá que coja además un resfriado?... ¡No faltaría más que eso!...

Por fin viene un hombre a buscarme, me hace penetrar bajo la bóveda y empuja una puerta al pie de la torre del Oeste.

¿Pero que es esto? ¿No es la habitación de Dolores y de la *dama velada*? ¡Sí! ¡No hay duda, ella es! ¡Dios mío!, ¿cuál es vuestro designio?

El hombre me deja solo en la habitación... Me acerco a la ventana; pero me detengo bruscamente y aguzo el oído. ¡No, no, no me equivoco!... Oigo un ruidito de sierra contra los barrotes.

Con precauciones infinitas abro la ventana, e inmediatamente se remueve algo en el balcón de la misma.

—¡Silencio!—me recomienda una voz—. Tenga usted cuidado, pues están en la habitación contigua con la *dama velada*.

Pero, ¡oh milagro!, aquella voz... aquella voz no es la que yo esperaba oír; no es la voz de Potaje... ¡Es la de Gabriel!

Por precaución me coloco de forma que pueda vigilar la puerta, por la que pueden salir los de al lado, y pregunto:

—¿Cómo se encuentra usted aquí? ¿Qué es lo que hace? ¿Quién le ha traído hasta aquí?

—¿Quién me ha traído aquí? Ya puede usted suponerse-lo, puesto que es usted quien me ha enseñado a conocer a von Treischke. He sabido que estaba aquí, y vengo a buscarle; ¡ya ve usted qué sencillo!—me contesta Gabriel.

—Sí, sencillísimo; y puesto que no puede usted entrar por la puerta, quiere entrar por la ventana; ¿no es eso, Gabriel?

—¡A la vista está!

—Pero, dígame, ¿no se ha encontrado usted con alguien en esta ventana que ya había empezado su trabajo, Gabriel?

—Sí, sí. He encontrado a un lisiado, un muchacho simpaticísimo que se llama Potaje y que limaba estos barrotes para hacer evadir a una dama velada, otra víctima de von Treischke, según me ha dicho. La empresa era buena, y como yo venía para estrangular al carcelero, nos hemos entendido en seguida y somos aliados... Si vuelve usted ligeramente la cabeza, puede verle, pues está de centinela en una sinuosidad de la roca Ardan.

Volví la cabeza y vi, en efecto, a Potaje, quien me hizo un signo amistoso.

Aquella complicación inesperada me preocupó, pues conocía el carácter espontáneo de Gabriel y temía que cometiese alguna imprudencia, de la que nadie podríamos felicitarnos. Ya he dado a conocer el estado de espíritu en que me hallaba; así, pues, estaba listo a las grandes resoluciones. Establecí rápidamente mi plan en mi cerebro, como ocurre en los momentos de crisis, en los que se dispone, con extrañeza propia, de una inesperada lucidez y de resortes morales insospechados.

—Gabriel—le dije—, si quiere usted creerme, no venga a buscar a von Treischke aquí, a quien siempre hallará a la defensiva y rodeado de verdadero estado mayor. *Deje usted que se le lleve ya fuera.* ¿Quiere usted?

—¿Dónde?

—Donde usted quiera, y hará usted de él lo que le plazca.

—Acepto; ¿pero cuándo?

—En seguida... Ese von Treischke y yo tenemos asuntos comunes. ¡Déjeme obrar a mí, o mejor haga usted lo que yo le diga!

—¡Hable!

—Potaje está a mi servicio. Dígame usted que venga a terminar su trabajo y que no se ocupe de nada hasta que esté terminado. En cuanto a usted, vaya al hotel del Paseo, en el que yo paro, y me espera allí, o, mejor dicho, me deja unas letras, en las que indicará el lugar que desea que le lleve a von Treischke... ¿Le conviene el plan?

—¡Mucho!

—Pues bien, ya que estamos de acuerdo, márchese... ¡Espera, una palabra aún! ¿Sabe usted que el doctor Mederic Eristal y el *midship* están en Vigo?

—Lo sé.

—Bueno; procure verles y dígales que no se dejen ver.

—Comprendido.

—¡Hasta ahora, Gabriel!

—¡Hasta ahora, y que la Virgen nos proteja!

Así como se deslizaba del balcón y vi que le hacía una señal a Potaje, cerré la ventana.

Apenas se había cerrado ésta cuando apareció la *dama velada*, seguida de von Treischke y de Fritz von Harchsfeld.

—¡Caramba, señor Herbert de Renich!—me dijo el almirante en seguida, con un tono agríduce—; parece que *nuestros* asuntos no van muy bien y que está usted en un lamentable estado de espíritu...

—¡Veo que está usted muy bien informado, *herr* almirante!—gruñí luego de saludar a la *dama velada*, que se sentó sin pronunciar palabra—. ¡Cuando se presente la ocasión no dejaré de felicitar por ello a su sobrino!

—Según parece, ha decidido usted hacer lo que le plazca después de esta primera experiencia...

—¡Si así fuera—grité—sería mejor para todos! A mí no me ataría un misterio que hasta ahora me parece más impenetrable que el de la Santísima Trinidad, pero por el que no siento la misma fe, créalo usted. ¡No quiero rivalizar en astucia con usted, *herr* almirante! Usted es más hábil que yo y dispone de medios que me son muy superiores; pero ¡no ocultaré a usted que mis sentimientos humanitarios me impulsan, tanto como a usted, a que la horrible situación en que nos debatimos termine cuanto antes... Sin nombrar a la señora (y señalé con una correcta inclinación de cabeza a la *dama velada*), sin llamar a la señora por su nombre, puesto que, según parece, desagrada a usted, me permitirá usted que le diga lo que usted no ignora: sé quién es, la he reconocido y no me cabe duda alguna a este respecto. *¡Ella es la salvación para todos!*...

Me detuve un segundo para tomar aliento. Nadie me interrumpió. Preguntábase, sin duda, dónde quería ir a parar.

—... Y si usted me envía al capitán Hyx, es, sencillamente, para darle esta noticia inesperada, que hará que lo olvide todo. Esa noticia podría llegarle al capitán por medio de una carta de la señora, que haría llegar a sus manos por intermedio de un cónsul elegido por usted mismo..., o bien una simple nota en los periódicos—se leen casi todos a bordo del *Vengador*—hubiera informado al capitán Hyx, que se las hubiera arreglado para entrevistarse con nosotros, ahorrándome el trabajo de buscarle entre la cota trece diez y siete y la cota seis ochenta y cinco, en donde estuve a punto de hallar la muerte.

—¡Ya lo sabemos! ¡Ya lo sabemos!—gruñó el almirante.

—Sí, almirante; lo sabe usted y sospecho que ese detalle es muy secundario para usted. ¡Pero tenga usted la seguridad que es de capital importancia para mí! Su sobrino no le ha ocultado a usted que ya estaba yo harto de pasearme

bajo el mar. ¡Es verdad! Máxime cuando hay otro medio de terminar este asunto...

—Dígame... ¡pero prontol

—Voy con toda la rapidez necesaria, pues es necesario que nos entendamos... Así, pues, ya que la señora no quiere escribir...

—No. La señora no escribe. Siga.

—Podía usted confiar, en todo caso, la carta de que soy portador a *alguien que tiene que ver al capitán Hyx*.

—¡Eso nunca!—exclamó sobresaltado el almirante—. ¡Nunca! He confiado ese documento a usted *porque estoy seguro de usted...* y porque las instrucciones son que debe usted devolvérmelo. Entregarlo, pues, entre otras manos que no sean las suyas, nunca!

—¡Comprendido! Y ahí es precisamente donde esperaba a usted... En resumen: de lo que usted desconfía es de la cosa escrita: *scripta manent, verba volant!*

«Pues bien: puesto que las palabras se las lleva el viento, ¿qué puede impedir a usted pronunciar en secreto, ante alguien que debe ver esta noche al capitán Hyx, palabras que pueden servirle cerca de dicho capitán, *palabras que, de ser repetidas a otras personas, podría usted desmentir, ya que no existiría prueba alguna de haber sido pronunciadas?* »

—¡Eh, eh!—exclamó von Treischke.

Y aquello le hizo reflexionar profundamente, y mientras meditaba le devoraba yo con la más ardiente y resplandeciente de las miradas... ¡Quería hipnotizarle!, pues sentía que mi argumento había hecho mella y que el monstruo mordía el anzuelo que le había echado. ¡Ah, qué alegría! Pero seamos prudentes, no nos precipitemos.

—¡Habría que ver eso!—dijo al fin el almirante—. ¿Y dice usted que conoce a un individuo que ha de ver esta noche al capitán Hyx?

—¡Conozco a dos!—exclamé—. Primero, al médico mayor del *Vengador*, médico del mismo capitán Hyx, el señor Me-

deric Eristal, que se hospeda en este momento en mi mismo hotel. He hablado con él esta noche, en el momento que mandó usted en busca mía. Y después, uno de los primeros oficiales del *Vengador*, que llegaba en el momento que yo me marchaba, a quien llamamos el *midship*, aunque tiene el grado de teniente de navío.

—Ya sé de quién habla usted—exclamó el almirante—: un alferez mocetón a quien he encontrado en Vigo en otra época... Según mis informes es el mismo... Sí; le he visto en varias ocasiones, arrimado al mostrador de cierto bar establecido en el rincón de la Colegiata: el bar de Santiago de Compostela, ¿no es eso?

—¡Eso mismo, *herr* almirante! Cuando puede ir a Vigo frecuenta mucho ese bar.

—¿No es ese bar propiedad de un tal Jim?

—Exacto; de un tal Jim... Pues bien, esos dos hombres deben regresar esta misma noche a bordo del *Vengador* y tengo cita con ellos en mi hotel. Véalos usted, almirante; hable usted con ellos... Son incondicionales del capitán Hyx y repetirán fielmente a éste las palabras que usted les diga...

Y como von Treischke seguía reflexionando, añadió:

—Me han dicho que la situación de la señora von Treischke a bordo del *Vengador* era crítica, muy crítica..., y que después del drama del *Lot-et-Garonne* está decidido el capitán Hyx a las más atroces represalias.

—¡Es necesario que me traiga aquí a esos hombres!—dijo von Treischke rascándose su bigote de tigre.

Me estremecí a mi vez, pues no esperaba aquella salida.

—¡Nunca accederán a venir aquí! ¡Saben quién es usted!

—¡Ah! ¡Eso es otra cosa!... ¡Claro!... ¡Comprendo, comprendo!

Y no insistió. Sabía muy bien que aunque empeñara su palabra de honor de que no se les haría daño alguno y que saldrían del castillo de la Coya con todos sus miembros intactos, aquellos dos hombres no le creerían.

¡No, no podía insistir! Y de pronto... (¡oh íntimo delirio, el monstruo está cogido! ¡cálmate, corazón!) y de pronto—se decide.

—Pues bien, voy con usted al hotel. ¿Viene usted conmigo, Fritz?

No se pronunció una palabra inútil más. Después de saludar a la *dama velada*, que no había abierto la boca en toda la entrevista, salimos todos. Mientras hablé la miré de vez en cuando, pudiendo comprobar que tenía los ojos enrojecidos de haber llorado.

¡Otra mártir! ¡Pobre *dama velada*! Pero ¡paciencia, paciencia! ¡Siento ya debatirse a la fiera en mi anzuelo!

Un auto en el patio. Subimos. Me siento al lado de Fritz. En el fondo se repantiga el tirano de Flandes, el falso von Kessel. La puerta que cierta vez se cerrara tras Dolores se abre ante nosotros... Dolores, ¡una más que será vengada!

Arrancamos con velocidad, demasiada quizá. ¡Pero no! Por la playa el camino es diez veces más corto y Gabriel ha debido llegar ya. Y si no ha llegado, ya me encargaré yo de hacer esperar a *mis queridos huéspedes*.

¡Ah! ¡Ya son míos! ¿Dónde conduzco en este momento a von Treischke y al von Fritz Harschfeld? ¿Dónde?... ¡Sencillamente, al matadero!

¡Y soy yo el que ha tomado aquella determinación! ¡Yo, el que ha concebido un plan tal! ¡Yo, quien les hace ejecutar! ¡Por mi causa, se acabó von Treischke! Verdad es que he tardado bastante en salir de mi neutralidad; pero nadie negará que he debutado con un golpe maestro.

Llegamos al hotel hacia las dos de la tarde, una tarde demasiado calurosa para la estación, dorada por un hermoso sol que invita a la siesta y a la pereza. ¡Qué tranquilidad, qué calma en las calles! ¡Qué dulzura de vivir! Nunca fueron tan azules las aguas de la bahía ni tan lánguidos el puerto y la ciudad. ¿Quién hallaría en aquello una decoración de drama? ¡Con qué seguridad nos detenemos ante la puerta

del hotel! Soy el primero en bajar y sale a mi encuentro el camarero.

—¡Una carta para el señor!

La abro, pues he reconocido la letra del doctor. El excelente Mederic Eristal me anuncia que me espera con el *midship* y un amigo en el bar de Santiago de Compostela, adonde han ido después de comer.

Entrego la carta a von Treischke, a quien le place la coincidencia. ¡El bar de Santiago de Compostela! ¡Con cuánto gusto lo volverá a ver! Subo al auto y henos en camino hacia el bar.

Que nadie se sorprenda de la facilidad con que los más altos personajes del imperio de los *Gott mit uns* se dejan llevar a los más humildes lugares, y aceptan en muchas ocasiones el frecuentar a ciertos individuos a quienes se recibe principalmente, a puertas abiertas, en las tabernas de más baja estofa. Claro que no digo esto por el *midship* y por el doctor, sino por otros menos recomendables que hubieran podido hallarse sentados en el bar de Santiago de Compostela, y ante los que, sin duda alguna, no hubiera retrocedido el almirante de creerles susceptibles de *darle algunos informes relativos al adversario*. A este respecto hay que leer *Siete años en la corte de Alemania*, y Miss Edith Keen se encargará de desvanecer cualquier sorpresa al relatar cómo la princesa Leopolda, hermana del Kaiser, en cada uno de sus viajes clandestinos a Londres, tenía cita, *para el espionaje*, con verdaderas escorias de la humanidad.

Fritz no tiene necesidad de preguntar el camino; también él lo conoce. En un momento llegan al recodo de la Colegiata, y leemos en un letrero que el bar se ha trasladado detrás del puerto, en la encrucijada de la Manga.

Como es natural, finjo ignorancia. Simulo saber menos que los demás...

—¿En la encrucijada de la Manga? ¡Qué curioso!—exclama von Treischke, y mira a Fritz, que ha palidecido.

Sin duda aquel lugar recuerda al pobre muchacho cosas penosas, pues Fritz—y nadie lo pondrá en duda—está dotado de una naturaleza esencialmente sentimental.

Von Treischke ha visto aquella palidez y se divierte, y añade con crueldad:

—¡Apuesto que ese Jim se ha trasladado a la antigua tienda...!

—¡Oh, almirante!... ¡En ese caso...!—balbucea el pobre Fritz, cuya palidez se ha acentuado...

—En ese caso, ¡qué!... ¡Vaya una cosa! Jim ha obrado acertadamente. Sin duda ha debido alquilar la tienda casi de balde a la muerte de esa pobre vendedora de vino de Málaga y después de la desgracia ocurrida a la hija... (y volvió a sonreír sarcásticamente). ¡Anda, anda, Fritz!, ya lo veremos... Esas dos caras señoras han sido muy culpables con nosotros, y en especial con usted, Fritz; pero yo sé que no es usted rencoroso y que perdona con facilidad... ¡Pero qué pálido está usted! ¡Creía que desde hacía algún tiempo se había usted vuelto más fuerte!... ¡Vamos! ¡En marcha!

—¡A sus órdenes!—contestó Fritz sin aliento, y dirigió el auto por el camino que conduce, por un intrincado dédalo de viejas callejuelas, a la encrucijada de la Manga... En el rincón de éste se detuvo el auto. El bar estaba un poco más allá, en el callejón.

—¡Me parece que no hemos llegado aún, Fritz! ¿Qué pasa?

—¡Almirante, me será muy difícil dar la vuelta, y por otra parte, almirante... quisiera hacerle un ruego... ¡Permítame usted que no entre en ese bar, que, en efecto, despierta en mí penosos recuerdos!...

Von Treischke había bajado del auto sin decir nada. Nunca había yo visto a aquel hombre encolerizado. Aquello fué terrible, porque su cólera era silenciosa. Los ojos de la Fiera se inyectaron de sangre, y la Fiera alargó su garra, y cogiendo a Fritz por el cuello lo sacó del asiento y lo plantó ante él en el suelo:

—¡Anda!

Y Fritz marchó, y le oí balbucear: «¡A sus órdenes!», mientras temblaban sus piernas y le castañeaban los dientes...

—¡Todo eso—gruñó von Treischke, a quien había calmado su brutalidad—, todo eso son niñerías! Si le hiciera caso, mi querido Fritz, se vería usted imposibilitado de dar un paso en esta hospitalaria tierra a causa de esos malditos recuerdos... El otro día hemos tenido la misma comedia para entrar en su antigua habitación del castillo de la Coya, *por cuya ventana ya nadie puede tirarse al mar desde que he hecho colocar barrotes...* Ahora tenemos la misma monserga ante esta amable encrucijada y simpático callejón... Pues peor para usted, querido Fritz, si su conciencia le pesa, ya que he de rogarle que tenga el codo ligero ante Jim y para honrar a los amigos del señor (y me señaló a Fritz, mientras su mandíbula de tigre se dilataba con una sarcástica sonrisa). ¡Esa es la consigna!

—¡A la orden!

—El señor—volvió a señalarme—no debe entender nada de sus manías, mi muy querido Fritz.

—¡Absolutamente nada!—me apresuré a contestar.

—Sepa, pues, que el teniente ha estado enamorado... no hace tiempo de esto... Pero ya tendremos tiempo de contárselo más tarde... ¿No es eso, Fritz?

Estábamos ya en el umbral del bar. Lo primero que vi fué a Jim detrás del mostrador, agitando con ruido fantástico sus cockteleras, y sentados ante él en altos taburetes, a Mederic Eristal, el *midship* y Gabriel, que jugaban a los dados.

Parecían absortos en el juego, pues apenas levantaron la cabeza cuando saludé a Mederic Eristal:

—¡Buenos días, doctor!

Pero qué ¡buenos días! tan raros había dado... Casi no reconocía mi propia voz. Y es que mi emoción debía ser mucha para cambiar de tal manera el timbre de mi voz...

No niego que, en efecto, estaba muy emocionado, sobre todo después de ver a Gabriel que jugaba tranquilamente, y que llevaba en su cintura una hermosa vaina de cuero, y en ella, sin duda alguna, una hoja bien templada, de la que se veía, por otra parte, el mango de madera incrustado de nácar.

Hubiera podido no observar aquel detalle, pues un cuchillo al cinto de un marinero es más frecuente que la luna a mediodía, no teniendo, por lo tanto, ninguna importancia. Pero, de todas maneras, la vista de Gabriel y su cuchillo había cambiado el metal de mi voz.

—¡Toma; pero si es el señor Herbert de Renich!—exclamó el *midship*.

—¡El mismo, jovial *midship*; el mismo, para servirle!

Intenté serenarme y recobrar mi acento natural, pero para ello tuve que toser, escupir y volver a toser, para bien desalojar mi garganta, antes de presentar, como se había convenido, en público a mis compañeros, con los nombres luxemburgueses con que disfrazaban los suyos verdaderos en el país.

Los presenté como amigos íntimos, casi amigos sagrados de la infancia, siendo acogidos con una excesiva cordialidad que se tradujo en una ronda de *cocktails*.

Von Treischke dió un fortísimo apretón de manos al *midship*, recordándole que ya había tenido ocasión de encontrarse con él en otras ocasiones en el antiguo bar de Santiago, cuando estaba éste instalado cerca de la Colegiata; lo que aprovechó para decirle a Jim con una desenvoltura de elefante:

—¿No le ha dado a usted miedo trasladarse aquí, a la tienda de esas dos pobres señoras? ¡Por lo visto no teme usted que eso traiga mala suerte a su establecimiento!—ironizó el odioso individuo.

No pude dominar un estremecimiento: de tal manera me parecía su audacia aplastante, y miré a Fritz...

Este, consternado, y con una cara que inspiraba piedad,

lanzaba furtivas miradas, como si buscara en las paredes objetos por él vistos otras veces, algunos de los cuales habíanle sido familiares.

Seguía, por ejemplo, el mismo cartel anunciador de una corrida, con su gigantesco matador erguido en la minúscula plaza y rodeado de liliputienses espectadores, que adornaba la pared de la izquierda, y en un rincón, cerca de la puerta, que conducía a una habitación contigua a la cocina, volvía a hallar el mismo armario con las botellas de licores.

Las mesitas de madera redondas que se alineaban contra el tabique de la bodega eran también las mismas; pero había una puerta que su mirada hasta entonces había evitado, y era la que conducía antaño al estanco, y que un gran mapa de la guerra parecía condenar.

Jim había contestado a von Treischke. ¡No tenía miedo a nada! ¿Podía, acaso, sentir miedo de algo un mocetón como él? ¿Se podía ser supersticioso cuando se tenían los puños de Jim? ¡Tales puños, sin duda alguna, espantaban a los fantasmas!

Y los mostraba al almirante, quien los palpaba y sonreía, como sólo sabía sonreír el verdugo de Flandes, mientras dirigía mil cumplidos a Jim.

—¡Por otra parte, ya es asunto olvidado!— dijo Jim—. La sumaria ha demostrado que todo fué culpa de la señorita, la que, según parece, tenía un carácter endiablado...

—¡Verdad es!— apoyó von Treischke—. Su mal humor estuvo a punto de degollar a este amigo— y señaló a Fritz, de más en más silencioso y cadavérico...

—¡De modo! ¿Que era el señor?

—¡El mismo! Un excelente muchacho del Limburgo, que la hizo en este mismo sitio, y de la manera más decente, una corte llena de delicadezas...

—Justo; aquí mismo..., aquí mismo— repitió lúgubrememente la voz de Fritz.

—Mi amigo es un muchacho que no se permitiría decir a una muchacha que vendé cigarrillos que tiene el hoci-

quito bien dibujado, si este hociquito no le hubiera empezado por sonreír alentadoramente. ¿No es verdad, Fritz?

—Era un hociquito graciosísimo— suspiró Fritz.

—Yo he asistido a todo, o a casi todo— continuó el almirante—, y puedo decir a este muchacho que se atormenta inútilmente. ¿Por qué atormentarte? Debías, por el contrario, regocijarte de poder beber unos *cocktails* en tan agradable compañía, después de un tizeretazo como aquél.

—Opino lo mismo— exclamó el *midship*—; ¡eal! ¡Se acabaron los pensamientos sombríos... ya que no resucitarán a los muertos!

—¡*Quién sabe!*— exclamó de pronto una voz que nadie había hasta entonces oído; era la de Gabriel—; ¡*quién sabe!*

—¿Qué quiere decir ese niño?— preguntó von Treischke.

Pero «aquel niño» no contestó. Se contentó con menear la cabeza sin mirar a von Treischke.

—¡No haga usted caso!— digo el *midship*—. ¡Cree testardamente en los fantasmas y en todas sus brujerías! Precisamente, me decía hace un momento que estaba seguro que una persona muerta de muerte violenta se le aparecía a su asesino por lo menos una vez, y que esto era un derecho del que no podría despojarle el mismo Nuestro Señor; es, según parece, un verdadero privilegio entre los difuntos.

Von Treischke dió con su mano de oso una palmada en la espalda de Fritz.

—¿Qué opina usted de eso, querido compatriota?

Fritz inclinó aún más su nublada frente y no contestó; pero era visible que sentía escalofríos.

—Es lástima que no se pueda creer en semejantes necesidades— gruñó el almirante—, aunque nadie es aquí el asesino de la bella Dolores, y que si es verdad que murió de muerte violenta, nadie más que ella tuvo la culpa— puesto que después de medio asesinar al señor, se tiró ella misma al mar—; yo tendría mucho gusto en volver a ver sus ensortijados cabellos— si no están marchitos—, sus pupilas

de fuego—si no están veladas—y sus labios de púrpura—si siguen hinchados de la misma sangre—.

—¡Ah! ¡Se lo suplico, señor! ¡Cállese!... ¡Cállese!

Era Fritz quien balbuceaba aquel ruego... ¡y bruscamente ocultó su rostro entre las manos, para que no se viera su sufrimiento!

Sin embargo, no era a él a quien yo miraba... ¡no! Había otro más interesante que contemplar en aquel minuto en el que el sádico de Flandes gozaba una alegría formidable al hacer renacer en Fritz von Harschfeld el deseo y el remordimiento, evocando la imagen de aquella a quien él mismo había enviado a los infiernos por el camino de las aguas... ¡Quien tan interesante era de contemplar, era Gabriel!

Primero sonó aquel nombre: ¡Dolores! ¡Nadie, hasta entonces, lo había pronunciado! Y luego había lanzado el almirante estas palabras, que habían danzado en torno a Gabriel como llamaradas: *Aunque nadie es aquí el asesino de la bella Dolores. Yo vi aquello; vi danzar las palabras de fuego alrededor de Gabriel y quemarle, morderle los riñones y el corazón, admirando yo que no aullara de dolor y que no se lanzara sobre la asquerosa boca que escupía tales palabras, candentes y azufradas.*

Sólo tuvo un gesto: dió bruscamente sus manos a Jim, y oí que decía al campeón de la escuadra inglesa: «¡Sujeta mis manos!»

Jim se las sujetó así, mientras que von Treischke, que no veía más que su Fritz para torturarlo—pues le quería mucho—, siguió hablando.

Sin duda alguna se debió a la fuerza de aquel maldito Jim, que estrujaba entre las suyas las manos de Gabriel, el no asistir inmediatamente a una escenita que hubiera trastornado los planes de aquellos señores.

Cuando von Treischke tuvo la encantadora fantasía de detallar tan estéticamente el rostro de Dolores, y mientras que Fritz rogaba y suplicaba al almirante que se callara, Gabriel—yo no miraba más que a él—se retorcia entre las

manos de Jim. Ambos parecían así querer ganar una apuesta referente a la potencia muscular de que disponían. Pero demasiado sabía yo que toda aquella comedia de músculos retorcidos no tenía otro objeto que conservar cierto cuchillo en su vaina.

Von Treischke consintió al fin en cambiar de conversación — Fritz había roto a llorar como un simple—, y llegó mi turno de representar un papel en aquel curioso asunto.

— ¡Señores!—comencé luego de mirar al almirante, y con gran satisfacción de los otros, a quienes las maneras de von Treischke empezaban a indignar—. ¡Señores! Mi honorable amigo herr von Kessel, aquí presente, tiene que decirles algo muy reservadamente; sólo que le sería penoso explicarse completamente en público, en un local abierto, en el que cualquier transeunte tiene el derecho de entrar y sentarse.

—¿Quieren ustedes que se cierren puertas y ventanas?—preguntó el *midship*—. Creo que Jim no tendrá ningún inconveniente, claro que doblando el precio de las rondas—añadió con la risa de buen muchacho que yo le conocía.

Haré observar que el doctor no había aún pronunciado una sola palabra. Debía estar al corriente de algo y quizá de todo; pero su irresoluto carácter le tenía, como siempre, sin decidirse por nada, contentándose con llevarse de vez en cuando a la boca la ampolla de cocaína.

Pero aquel maldito Jim insinuó:

—Si los señores tienen que decirse algo reservado, ¿por qué no pasan al cuarto de al lado?

—¿Qué cuarto?—osó preguntar Fritz, que temía comprender, pues el dedo de Jim señalaba cierta puertecita.

—¡Ese de ahí, señores... en el que vendía cigarrillos la señorita Dolores! Lo he alquilado con el resto del local; pero no lo utilizo actualmente, por no estar aún en condiciones. Estarán, pues, más cómodos para tratar de sus asuntos. Nadie les molestará.

—¡No es mala idea!—dijo el almirante—. ¡No es mala